XXV Domingo del Tiempo Ordinario/C

Contra los que obligan a los pobres venderse

Hoy nos vamos a centrar en la primera lectura, que habla contra los que obligan a los pobres venderse. El tema es el de ***La corrupción*** (Am. 6, 4-7), que puede servir para describir la situación de corrupción en que se encuentra el mundo. El Profeta acusa y reprocha fuertemente a los que cometen fraude, a los vendedores sin escrúpulos que se enriquecen a expensas de los pobres y que suben los precios aprovechando la necesidad ajena. Y amenaza el Profeta a los que así se comportan con el castigo de Dios, diciendo que el Señor no olvidará jamás ninguna de estas acciones. Es decir: las malas acciones, los actos que van contra la Ley de Dios -y que además hacen daño al prójimo- tienen el castigo de Dios … o pueden tener el perdón de Dios, si el pecador se arrepiente y no peca más.

Como vemos, el fenómeno de la corrupción siempre ha existido, sin embargo es sólo desde hace pocos años que se ha tomado conciencia de él a nivel internacional. La corrupción es un fenómeno que no conoce límites políticos ni geográficos. Está presente en los países ricos y en los países pobres. La entidad de la economía de la corrupción es difícil de establecer en manera precisa y, en efecto, sobre este punto los datos con frecuencia no coinciden. De cualquier forma se trata de enormes recursos que se sustraen a la economía, a la producción y a las políticas sociales. Los costos recaen sobre los ciudadanos, y los pobres son cada vez más pobres y los ricos más ricos, ya que la corrupción se paga desviando los fondos de su legítima utilización.

Pero todos podemos caer de una o de otra forma en este vergonzoso fenómeno. El Papa Francisco al hablar de la corrupción dice que el lenguaje que a menudo usan los corruptos es el lenguaje de la hipocresía, que usó Satanás en el desierto cuando tentó a Jesús. Por ejemplo los escribas y los herodianos, para ponerle a Jesús trampa recurren a la adulación. El adulador con palabras blandas, con palabras bonitas, con palabras demasiado azucaradas: este es el idioma de la hipocresía: "no aman la verdad. Se aman sólo a sí mismos, y, de este modo, buscan engañar, implicar al otro en su engaño, en su mentira. Tienen el corazón mentiroso; no pueden decir la verdad". En efecto, en un primer momento "alababan" a Cristo, pero "terminan traicionándole y mandándole a la cruz. Jesús, mirándolos a la cara, les dice esto: ¡hipócritas!".

En cambio, "la mansedumbre que Jesús quiere de nosotros no tiene nada que ver con esta adulación. La mansedumbre es sencilla, como la de un niño; y un niño no es hipócrita, porque no es corrupto. Cuando Jesús nos dice: que su modo de hablar sea: "sí, sí", "no, no", con alma de niño, nos dice lo contrario de aquello que dicen los corruptos".

El Evangelio nos relata la parábola del administrador infiel, ejemplo del que Jesús se vale poner invitarnos s poner más interés, tiempo, dinero y esfuerzo, en los bienes del Cielo. Así Jesús observa que los que viven de acuerdo al mundo, los que viven en oscuridad; es decir, los que viven lejos de Dios son, en los negocios terrenos -que es lo único que les importa- más sagaces, más astutos y diligentes, que lo que son los hijos de la luz, para el negocio que más interesa a éstos: la Vida Eterna, su salvación.

Realmente los que queremos seguir a Dios y cumplir con sus mandatos, a veces somos flojos, poco inteligentes, y nada astutos, para asegurarnos los bienes que nunca se acaban, los bienes espirituales, el porvenir eterno.

Este reproche del Señor nos llama a la vigilancia y al esfuerzo en lo espiritual … Porque llegará el momento a todos y cada uno de nosotros … -es el momento al que ninguno puede escapar, a unos nos llega más tarde, y a otros más temprano. Es el momento en que el Señor -igual que al administrador de la parábola-, nos pedirá cuentas a cada uno del único negocio realmente importante: nuestra salvación, nuestro servicio a la Voluntad de Dios.

Padre Félix Castro Morales

Fuente: http://parroquiadelasoledad.org/ (Con permiso a homiletica.org)